

Ezequiel 37:1-14

Sermón Ezequiel 37:1-14

Cuaresma 5

La mano de Jehová vino sobre mí, me llevó en el espíritu de Jehová y me puso en medio de un valle que estaba lleno de huesos. Me hizo pasar cerca de ellos, a su alrededor, y vi que eran muchísimos sobre la faz del campo y, por cierto, secos en gran manera. Y me dijo: —Hijo de hombre, ¿vivirán estos huesos? Yo le respondí: —Señor, Jehová, tú lo sabes. Me dijo entonces: —Profetiza sobre estos huesos, y diles: “¡Huesos secos, oíd palabra de Jehová! Así ha dicho Jehová, el Señor, a estos huesos: Yo hago entrar espíritu en vosotros, y viviréis. Pondré tendones en vosotros, haré que la carne suba sobre vosotros, os cubriré de piel y pondré en vosotros espíritu, y viviréis. Y sabréis que yo soy Jehová”. Profeticé, pues, como me fue mandado; y mientras yo profetizaba se oyó un estruendo, hubo un temblor ¡y los huesos se juntaron, cada hueso con su hueso! Yo miré, y los tendones sobre ellos, y subió la carne y quedaron cubiertos por la piel; pero no había en ellos espíritu. Me dijo: «Profetiza al espíritu, profetiza, hijo de hombre, y di al espíritu que así ha dicho Jehová, el Señor: “¡Espíritu, ven de los cuatro vientos y sopla sobre estos muertos, y vivirán!”»». Profeticé como me había mandado, y entró espíritu en ellos, y vivieron y se pusieron en pie. ¡Era un ejército grande en extremo! Luego me dijo: «Hijo de hombre, todos estos huesos son la casa de Israel. Ellos dicen: “Nuestros huesos se secaron y pereció nuestra esperanza. ¡Estamos totalmente destruidos!”». Por tanto, profetiza, y diles que así ha dicho Jehová, el Señor: Yo abro vuestros sepulcros, pueblo mío; os haré subir de vuestras sepulturas y os traeré a la tierra de Israel. Y sabréis que yo soy Jehová, cuando abra vuestros sepulcros y os saque de vuestras sepulturas, pueblo mío. Pondré mi espíritu en vosotros y viviréis, y os estableceré en vuestra tierra. Y sabréis que yo, Jehová, lo dije y lo hice, dice Jehová».

A veces miramos alrededor a la situación de la iglesia en este mundo y tendemos a desesperarnos, a pensar que la iglesia pierde terreno cada día y que pronto desaparecerá. Hay apostasía dentro de las iglesias cristianas, falsas doctrinas ganan siempre más terreno, y desde afuera hay persecuciones y matanzas de cristianos en muchas partes del mundo. Los días de Ezequiel eran similares, aunque tal vez la impresión era aun más extrema. Mientras todavía existía la ciudad de Jerusalén y el templo, muchos mantenían una falsa esperanza de que Dios nunca destruiría su ciudad y su casa. Pero ahora que había llegado la noticia de la destrucción de la ciudad y el templo con el fuego

por los invasores babilonios, muchos pensaban que la existencia del pueblo había llegado a su fin, que las promesas de salvación y del Mesías jamás se cumplirían. Fue entonces que Dios mostró esta gran visión a su profeta Ezequiel, para que fielmente aplicara el único remedio para restaurar a la nación, la palabra profética. Veremos en base a este texto que la palabra profética trae vida a los muertos. Esto es ejemplificado en una visión, y prometido al profeta.

“La mano de Jehová vino sobre mí, me llevó en el espíritu de Jehová y me puso en medio de un valle que estaba lleno de huesos. Me hizo pasar cerca de ellos, a su alrededor, y vi que eran muchísimos sobre la faz del campo y, por cierto, secos en gran manera.” El profeta es transportado, como tantas veces en su libro profético, para ver cosas que serían ocultas a la vista natural. Se le lleva a un amplio valle, pero el panorama es desolado por completo. No hay vida allí. Sólo huesos secos, todos separados uno de otro, blancos por los efectos del sol, que cubrían toda la tierra. Evidentemente había ocurrido una catástrofe. Un inmenso ejército matado en batalla, dejado allí a descomponerse, y expuestos a las fieras del campo y las aves carroñeras del cielo.

Para que se impresionara tanto más con la escena desolada, se le lleva a pasear en medio de estos huesos por todo el valle. La impresión: “Eran muchísimos sobre la faz del campo y, por cierto, secos en gran manera”. Nadie culparía al profeta si se le entrara una melancolía absoluta.

Sin embargo, Dios mismo le dirige una sorprendente pregunta: “Hijo de hombre, ¿vivirán estos huesos?”. Creo que cualquiera de nosotros que viéramos este panorama desolado respondería, “No es posible. La vida abandonó a estas personas hace mucho tiempo. ¿Cómo podrían vivir?”. Y si juzgáramos puramente por las posibilidades humanas, tendríamos la razón. Hasta la fecha ninguno que es sólo un ser humano ha podido restaurar a la vida a alguien que realmente había muerto. ¡Y luego todo un valle lleno de huesos sin número y esparcidos a los cuatro vientos alrededor! Realmente parecería imposible, ¿no es así?

Pero el profeta no respondió así. Sabía que para el hombre sería imposible, pero también sabía que con Dios todo es posible. Todo entonces dependía de la voluntad de Dios. Poder no le faltaba. “Yo le respondí: —Señor, Jehová, tú lo sabes”. Lo dejó a la voluntad de Dios. Su respuesta reflejaba su fe en el que había hecho la humanidad y que gobernaba los asuntos de las naciones.

Y entonces recibe el mandato del Señor. “Profetiza sobre estos huesos, y diles: ‘¡Huesos secos, oíd palabra de Jehová! Así ha

dicho Jehová, el Señor, a estos huesos: Yo hago entrar espíritu en vosotros, y viviréis. Pondré tendones en vosotros, haré que la carne suba sobre vosotros, os cubriré de piel y pondré en vosotros espíritu, y viviréis’.” No debe hacer algo él con su poder para que estos huesos vuelvan a vivir. Sólo debe hablar la palabra del Señor, la misma palabra todopoderosa que resonó al principio, llamando a la existencia a la luz, la tierra seca, la vegetación, los animales. Sólo debe cumplir el deber de un profeta, proclamar fielmente el mensaje que Dios le dio, y vería lo que el Señor es capaz de hacer con esa palabra.

Luego Ezequiel nos informa lo que sucedió. Obedeció el mandato del Señor. “Profeticé, pues, como me fue mandado”. Y cuando lo hizo, todo el panorama comenzó a cambiar. “Y mientras yo profetizaba se oyó un estruendo, hubo un temblor ¡y los huesos se juntaron, cada hueso con su hueso! Yo miré, y los tendones sobre ellos, y subió la carne y quedaron cubiertos por la piel”. Sí, podemos imaginar el ruido extraño cuando cada hueso se mueve para pegar contra otro hasta formar los esqueletos completos. Luego que tendones y músculos cubren los huesos, y finalmente piel cubriendo esos cuerpos. Sólo falta una cosa. “Pero no había en ellos espíritu”. Ahora se ve como el campo de batalla en que yacen por todas partes los cadáveres de los caídos en batalla.

Pero luego hay una instrucción más: “Me dijo: «Profetiza al espíritu, profetiza, hijo de hombre, y di al espíritu que así ha dicho Jehová, el Señor: ‘¡Espíritu, ven de los cuatro vientos y sopla sobre estos muertos, y vivirán!’””. Otra vez se informa de la obediencia del profeta y del resultado. “Profeticé como me había mandado, y entró espíritu en ellos, y vivieron y se pusieron en pie. ¡Era un ejército grande en extremo!”. Donde antes había sólo montones de huesos secos, ahora estaba una gran multitud de hombres vivos.

¿Qué lección debería sacar tanto el profeta y nosotros de esta gran visión? Seguramente fue una demostración fuerte del poder de la palabra de Dios. Una demostración de que Dios puede hacer hasta lo imposible con su palabra todopoderosa. El que dio la vida, la puede quitar. Pero también es perfectamente capaz de restaurar a la vida. Pero no quiere hacerlo directamente. Quiere usar medios. Usa aquí la palabra proclamada por el profeta primero para volver a dar forma a estos cuerpos, y luego para que entre aliento otra vez en esos hombres de modo que se paren otra vez como hombres vivientes. Aquí la palabra profética, en la visión, restaura la vida física a esos hombres.

Pero esto no es como un espectáculo o una película entretenida del cine solamente. Tiene una aplicación muy específica para el

trabajo del profeta, y una aplicación muy directa a nosotros también.

El Señor mismo explica la visión. “Luego me dijo: «Hijo de hombre, todos estos huesos son la casa de Israel. Ellos dicen: ‘Nuestros huesos se secaron y pereció nuestra esperanza. ¡Estamos totalmente destruidos!’.” Aquí la Reina Valera Actualizada traduce mejor: “Estos huesos son toda la casa de Israel”. Como resultado de la destrucción de Jerusalén y del templo y el exilio de la población de la tierra que Dios en un tiempo les había dado, la desesperanza se había apoderado de todo el pueblo. Si antes habían rechazado las acusaciones de pecado y juicio de los profetas, ahora muchos pensaban que Dios había abandonado totalmente al pueblo a su suerte, que no había futuro, que la nación sencillamente sería aniquilada. “Nuestros huesos se secaron”. Es una forma característica hebrea de expresarse. Así en el Salmo 32 dice: “Mientras callé, se envejecieron mis huesos en mi gemir todo el día, porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano; se volvió mi verdor en sequedades de verano”. “Pereció nuestra esperanza”. Si se trata de la falsa esperanza que tuvieron en su impenitencia, esto no sería malo. Pero ninguna esperanza verdadera la había reemplazado. Sólo una desesperación generalizada. “¡Estamos totalmente destruidos!”

Y así parecía. Era inaudito que una nación derrotada, con su capital y su centro religioso destruidos, y llevados por largos años al destierro en el extranjero, recuperaran su vida nacional. Pero como Ezequiel había visto en la visión, Dios es el Dios que puede hacer hasta lo imposible. Aunque la gente pensaba que no había esperanza, Dios seguía siendo Jehová, el Dios de la gracia libre y fiel, el Dios que había prometido enviar a Israel el Salvador del mundo, el Mesías. Y no dejaría caer esa promesa en saco roto. Cumpliría su palabra.

Así que, ¿cuál sería el remedio? El Señor otra vez da instrucciones al profeta. Esta vez no en visión, sino algo que debería cumplir en su ministerio real entre el pueblo desesperado del exilio en Babilonia. “Por tanto, profetiza, y diles que así ha dicho Jehová, el Señor: Yo abro vuestros sepulcros, pueblo mío; os haré subir de vuestras sepulturas y os traeré a la tierra de Israel”.

El remedio para la muerte de la esperanza, la falta de fe, la muerte espiritual, es igual como el remedio para los huesos secos en la visión. La predicación de la palabra de Dios, sobre todo sus gloriosas promesas de gracia, perdón y salvación. Aquí habla de sacarlos de sus sepulcros y hacerlos volver a su propia tierra. Dios mismo había destruido la nación, su ciudad y su templo por medio de los babilonios. Pero su intención no era

destruir al pueblo, sino llamarlo al arrepentimiento y purificarlo para esperar el cumplimiento de las promesas de salvación. Desde el punto de vista de Dios, todo lo que había pasado debería ser una sana disciplina. Así que les asegura que no les ha abandonado. “Pueblo mío”, les dice, cuando promete sacarlos de su sepultura y devolverles a la tierra de Israel.

El que esos sepulcros son una figura por la muerte espiritual es evidente cuando Dios dice: “Pondré mi espíritu en vosotros y viviréis”. Está hablando de la conversión de un pueblo sin esperanza para que ponga su esperanza en las promesas del Dios de misericordia. Esto sólo lo puede efectuar el Espíritu de Dios, que acompaña y trabaja por medio de la proclamación de su profeta. Con corazones creyentes, estarían listos cuando Ciro daría el mandato de que los judíos podían volver a su tierra y volver a edificar su capital y el templo.

“Y sabréis que yo, Jehová, lo dije y lo hice, dice Jehová”. En el Éxodo, cuando Israel vio el cumplimiento de las antiguas promesas hechas a Abraham, Isaac y Jacob de que sus descendientes heredarían la tierra de Canaán, dice: “Yo soy Jehová. Yo me aparecí a Abraham, a Isaac y a Jacob como Dios Omnipotente, pero con mi nombre Jehová no me di a conocer a ellos. También establecí mi pacto con ellos, para darles la tierra de Canaán, la tierra en que fueron forasteros y en la cual habitaron. Asimismo yo he oído el gemido de los hijos de Israel, a quienes hacen servir los egipcios, y me he acordado de mi pacto. Por tanto, dirás a los hijos de Israel: ‘Yo soy Jehová. Yo os sacaré de debajo de las pesadas tareas de Egipto, os libraré de su servidumbre y os redimiré con brazo extendido y con gran justicia. Os tomaré como mi pueblo y seré vuestro Dios. Así sabréis que yo soy Jehová, vuestro Dios, que os sacó de debajo de las pesadas tareas de Egipto. Os meteré en la tierra por la cual alcé mi mano jurando que la daría a Abraham, a Isaac y a Jacob. Yo os la daré por heredad. Yo soy Jehová’”. Quiere decir que sabrían ya por experiencia que es Jehová, el Dios que nunca olvida sus promesas, que siempre cumple su palabra. Así con fe podrían volver a su tierra para allí esperar el cumplimiento de la promesa más grande del Señor, enviar el Salvador, el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Esa promesa no fallaría. Dios la cumpliría, y lo ha hecho.

Y nosotros, enfrentando la situación frecuentemente desalentadora en nuestros días, tenemos el mismo remedio. Dios nos ha dado su palabra vivificante para proclamar. Y ha prometido que esa palabra no le volverá vacía. Nos recuerda que su evangelio es “poder de Dios para salvación de todo aquel que cree, del judío primeramente y también del griego”. Esa palabra no sólo promete vida a pecadores que han merecido la muerte y la eterna condenación, realmente da esa vida. Por medio de ella

el Espíritu Santo todavía produce la fe y la preserva, todavía edifica su iglesia, y seguirá haciéndolo hasta el fin.

Y tenemos el mismo mandato como Ezequiel. Predicad el evangelio a toda criatura. Haced discípulos a todas las naciones. Y cuando usamos y enseñamos y predicamos fielmente la palabra de Dios, realmente almas perdidas, muertas en delitos y pecados, recobran la vida, se hacen hijos de Dios y herederos de la vida eterna. El hecho de que nosotros estamos aquí esta mañana es un testimonio a la verdad del mensaje profético. Por la palabra, hemos llegado en verdad a conocer a Jehová Jesús, el fiel Dios Salvador, el que saca nuestro alma del hoyo y nos pone en la gloriosa Canaán celestial. De hecho, Jehová lo dijo, y lo hace. Así que, despertémonos de nuestro desaliento. Pongamos nuestra confianza completa en esta palabra vivificante del evangelio de Cristo. Hagamos todo lo que podamos para que un pueblo que parece recibe la vida verdadera por la fe en Cristo Jesús. Profeticen. Proclamen. Y verán lo que puede hacer Dios. Amén.